

Chile 2026: crisis de hegemonía, escisión de la izquierda y la reconquista del sentido común neoliberal

SolidarioGB | 31 de mayo 2026 | Eduardo Salgado Reyes, Editor.

*Cada vez que Neruda dice partido
dice irresponsabilidad política
y cada vez que dice irresponsabilidad política
dice partido
Neruda es un artista burgués
y el partido comunista un aprovechador de un artista burgués
que no aprovecha a él. – Pablo de Rokha. «Epitafio a Neruda» (1948)*

Resumen

El presente artículo analiza la situación socioeconómica y política de Chile a partir de marzo de 2026, momento en que la extrema derecha, representada por José Antonio Kast, asume la presidencia tras el colapso del ciclo post-estallido. A través de un marco teórico que articula los conceptos gramscianos de crisis orgánica, bloque histórico, guerra de posiciones y sentido común, con la perspectiva leninista — particularmente la tesis de *¿Qué hacer?* sobre la conciencia de clase, el economismo y la dirección consciente—, se argumenta que Chile atraviesa una crisis orgánica no resuelta del bloque histórico post-transición. Se examina específicamente la deriva reformista del Partido Comunista de Chile (PCCh) frente a la estrategia antirrevisionista del Partido Comunista Chileno (Acción Proletaria) y su intento de construcción de frente a través de la Unión Patriótica (UPA). Se concluye que la derrota de 2026 no constituye un giro electoral convencional, sino la restauración de una hegemonía de dominación sustentada en el miedo, posibilitada por la incapacidad de la izquierda para conquistar tanto la sociedad civil como el aparato estatal de manera articulada.

Palabras clave: hegemonía, crisis orgánica, bloque histórico, guerra de posiciones, vanguardia, sentido común, neoliberalismo, Chile, Antonio Gramsci, Lenin.

1. Introducción

En marzo de 2026, la victoria presidencial de José Antonio Kast con el 58 % de los votos en segunda vuelta marcó el fin de un ciclo político abierto por el estallido social de octubre de 2019 y administrado, sin éxito hegemónico, por la coalición de gobierno de Gabriel Boric (2022-2026). La rápida sucesión de eventos —dos procesos constituyentes fallidos, un crecimiento de la deuda pública del 35,8 % al 42,3 % del PIB, la implementación del voto obligatorio y la incorporación de entre 4 y 5 millones de nuevos votantes con alta religiosidad y baja identificación partidaria— configura un escenario que no puede explicarse mediante análisis meramente conjunturales o electorales.

Este trabajo propone que Chile atraviesa una **crisis orgánica** del bloque histórico post-transición, esto es, una fractura estructural en las relaciones entre base económica, aparato estatal y superestructura cultural que no ha encontrado solución progresista ni ha sido resuelta por la restauración conservadora. A partir de este diagnóstico, el artículo articula dos tradiciones teóricas que raramente se leen de manera conjunta en el análisis latinoamericano contemporáneo: la teoría gramsciana de la hegemonía y la teoría leninista de la vanguardia y la conciencia de clase. Si Gramsci permite leer la crisis en la duración de la cultura y la sociedad civil, Lenin —en *¿Qué hacer?* (1902)— permite interrogar la ausencia de dirección consciente y organizada capaz de transformar la indignación espontánea en proyecto político alternativo.

El artículo se estructura en cinco partes. Primero, se caracteriza el escenario socioeconómico y político del presente chileno. Segundo, se desarrolla el análisis gramsciano de la crisis del bloque histórico, la guerra de posiciones y el sentido común. Tercero, se incorpora la lectura leninista sobre el economismo, la espontaneidad y la necesidad de la vanguardia. Cuarto, se discute específicamente el caso de la escisión de la izquierda chilena: el PCCh como expresión del reformismo institucional, y el PC(AP) junto a la UPA como intento de construcción de frente alternativo. Finalmente, se presentan las conclusiones integradas y un llamado estratégico dirigido a las fuerzas anticapitalistas del país.

2. El escenario: de la «crisis de plausibilidad» al retorno de Kast

En marzo de 2026 asumió la presidencia **José Antonio Kast**, candidato de extrema derecha, con el 58 % de los votos en segunda vuelta frente a la comunista Jeannette Jara. Su llegada al poder marca el fin de una breve apertura política iniciada con el estallido social de octubre de 2019 y el gobierno de Gabriel Boric (2022-2026). Diversos analistas señalan que no se trata de una «conversión masiva repentina hacia la derecha», sino del colapso de la credibilidad del modelo económico heredado de la transición, algo que el investigador Mauricio Rifo ha denominado una **«crisis de plausibilidad»**.

Desde la óptica gramsciana, esto se parece menos a una victoria electoral convencional y más a una **reconquista hegemónica en medio de una crisis orgánica**. Gramsci distingue entre crisis conjuntural (pasajera, económica) y crisis orgánica (estructural, que afecta las relaciones entre Estado y sociedad civil, entre base y superestructura). Chile vive una crisis orgánica del bloque histórico post-transición.

3. La dimensión económica: deuda, recortes y restauración neoliberal

El gobierno de Boric dejó una deuda pública que creció del 35,8 % al 42,3 % del PIB. El nuevo gobierno de Kast ha instalado con éxito el diagnóstico de una «herencia maldita» de irresponsabilidad fiscal, justificando lo que medios internacionales describen como **«el proyecto económico más regresivo desde el retorno a la democracia en 1990»**. Se filtraron documentos oficiales sugiriendo recortes y «discontinuidades» de programas sociales —desde almuerzos escolares hasta la Pensión Garantizada Universal— cuestionando la idea misma de «derecho social» con la que incluso la centroderecha se había familiarizado tras la Concertación.

Desde Gramsci, esto es un claro ejemplo de **hegemonía económica** convertida en proyecto político. La «dirección» de la sociedad vuelve a ejercerse no solo por la coerción estatal sino por la capacidad de presentar los recortes como «reforma», como «sentido común» técnico. El ministro de Hacienda, Jorge Quiroz, tuvo que salir a explicar semánticamente la palabra «descontinuidad», revelando el esfuerzo por mantener la apariencia de racionalidad técnica mientras se desmantelan conquistas sociales. Es la **ideología como «cemento»** de un bloque histórico en reconstrucción.

4. La dimensión política: el doble fracaso constituyente y la antipolítica

Chile es quizás el único país del mundo que ha rechazado dos propuestas constitucionales en referéndum en menos de dos años. La primera (2022), de signo progresista y vinculada al estallido social, fue rechazada por dos tercios. La segunda (2023), redactada por un Consejo Constitucional dominado por el Partido Republicano de Kast y descrita como una «Kastitución», también fue rechazada por el 55,7 %.

Para Gramsci, la Constitución no es solo norma jurídica; es el **documento de una hegemonía**, la «forma» que adquiere el consenso en un momento dado. El doble rechazo revela algo profundo: **ningún bloque político logró articular un «bloque histórico» nuevo capaz de sintetizar los intereses de las mayorías en una narrativa convincente**. La izquierda no logró transformar la energía del estallido en hegemonía; la derecha tampoco logró imponer su visión conservadora como «sentido común» nacional.

Surge así una **crisis de autoridad** en sentido gramsciano: la sociedad civil (movimientos sociales, medios, iglesias, sindicatos) no logra conectarse orgánicamente con el Estado. El resultado es lo que los analistas han llamado un sentimiento **antipolítico** masivo, expresado en el lema «que se jodan todos». Gramsci hablaba del «sentido común» como un agregado caótico de concepciones del mundo; en Chile, ese sentido común se ha vuelto **cínico, desconfiado de toda mediación política**, lo que no es emancipatorio sino, peligrosamente, terreno fértil para el autoritarismo de «ley y orden».

5. La dimensión social: el estallido sin revolución y el voto obligatorio

El estallido de octubre de 2019 expresó una fractura entre las masas y el bloque histórico dominante. Millones salieron a la calle con una demanda que sintetizaba lo que Gramsci llamaría una **crisis de legitimidad moral e intelectual** de la clase dirigente: «Chile despertó». Sin embargo, la izquierda —

especialmente la coalición de Boric, compuesta por exmovimientos estudiantiles, el Partido Comunista de Chile (PCCCh) y restos de la Concertación— no supo conducir esa energía hacia una «guerra de posiciones».

Gramsci contrasta la **guerra de movimiento** (asalto frontal, insurrección) con la **guerra de posiciones** (conquista lenta de las trincheras ideológicas, culturales e institucionales de la sociedad civil). La izquierda chilena intentó una guerra de movimiento constitucional (dos procesos constituyentes en cuatro años) sin haber ganado previamente la batalla cultural en la sociedad civil. El resultado fue una derrota en el terreno enemigo: la derecha, mejor atrincherada en medios, empresas, colegios profesionales y familias, logró que las masas rechazaran incluso una Constitución escrita por sus propios representantes.

La implementación del **voto obligatorio** incorporó entre 4 y 5 millones de nuevos votantes con baja identificación con el eje izquierda-derecha, alta religiosidad, posiciones tradicionalistas en temas sociales y un fuerte antielitismo. Gramsci habría visto en ellos una expresión del «pueblo» como sujeto pasivo de la historia, cuyo «sentido común» está aún por ser conquistado por intelectuales orgánicos que hablen su lenguaje.

6. El análisis gramsciano: cultura, hegemonía y bloque histórico

6.1. La crisis orgánica del bloque histórico post-transición

El «modelo chileno» —la alianza entre dictadura neoliberal y democracia concertacionista— funcionó como un **bloque histórico** durante tres décadas. Concertación y derecha (en sus variantes) alternaron en el gobierno pero preservaron el núcleo: privatizaciones, AFP, mercado laboral flexible, Estado subsidiario. Gramsci diría que este fue un bloque dirigido por una **clase dirigente** (empresarios, tecnócratas, políticos de centro) que ejercía una **hegemonía pasiva**: el consenso se basaba en el crecimiento y la reducción de la pobreza, no en la participación activa de las masas.

El estallido de 2019 demostró que ese bloque ya no podía reproducirse. Sin embargo, la crisis orgánica no fue resuelta por una nueva hegemonía progresista, sino que la derecha de Kast logró **recomponer el**

bloque histórico apelando al miedo, al orden y a la restauración de un pasado idealizado. Es lo que Gramsci llamaría una «**revolución pasiva**» en sentido inverso: no una modernización desde arriba, sino una restauración conservadora que evita la ruptura revolucionaria canalizando la disgregación social hacia un nuevo autoritarismo de mercado.

6.2. La batalla cultural y los intelectuales orgánicos

Gramsci insistía en que toda hegemonía es, en última instancia, **cultural**. La derecha chilena nunca abandonó las trincheras culturales: medios de comunicación, universidades tradicionales, iglesias, colegios de elites. La izquierda, por su parte, tuvo intelectuales orgánicos brillantes en los movimientos estudiantiles, pero no logró penetrar el «terreno» de la familia, la escuela, la parroquia, el vecindario.

El discurso de Kast —«ley y orden», represión a la delincuencia, sindicatos y migración, derogación de políticas progresistas— es un discurso que se dirige al **sentido común** más reaccionario del subalterno, a su «conformismo» frente al miedo. Gramsci distinguía entre «sentido común» (lo heredado, incoherente, a menudo reaccionario) y «buen sentido» (la capacidad crítica latente en las masas). La tarea de la política transformadora es elevar el buen sentido; la derecha, por el contrario, se ancla en el sentido común más bajo.

6.3. La sociedad civil y el Estado integral

El fracaso de los dos procesos constituyentes muestra que en Chile la **sociedad civil** es más fuerte que el aparato estatal en términos de veto. La gente puede rechazar desde abajo lo que los políticos acuerdan arriba. Pero esa fuerza es, en Gramsci, **dispersa, molecular**, no articulada en un proyecto alternativo. La derecha entiende esto mejor: no necesita una nueva Constitución para gobernar; le basta con controlar el Estado (Presidencia, Congreso, tribunales) y dejar que la sociedad civil se desgaste en la atomización.

El gobierno de Kast representa así una **hegemonía de tipo «dominación» más que «dirección**»: menos consenso activo, más coerción y miedo. Pero Gramsci advertía que una hegemonía basada solo en la fuerza es frágil. El desafío para el futuro será si el descontento social —que no desapareció, solo fue silenciado— logra reorganizarse en una nueva guerra de posiciones.

7. La perspectiva leninista: *¿Qué hacer?*, el PCCh reformista, el PCR, y el PC(AP)

Si Gramsci nos enseña a leer la crisis en la duración de la hegemonía cultural, Lenin —en *¿Qué hacer?*— nos obliga a preguntarnos por la **dirección consciente**, la **organización** y la **conciencia de clase** que toda transformación revolucionaria requiere. Aplicar este lente a Chile 2026 revela una escisión histórica compleja: por un lado, el **PCCh**, integrado al bloque histórico post-transición; por otro, una línea de escisiones antirrevisionistas que se ramifica en el **Partido Comunista Revolucionario (PCR)**, y finalmente el **Partido Comunista Chileno (Acción Proletaria) o PC(AP)**, surgido en una secuencia posterior y no como escisión directa del PCCh.

7.1. El PCCh: del reformismo al gobierno de «Apruebo Dignidad»

Lenin sostiene que **el movimiento obrero por sí solo genera solo conciencia trade-unionista**, y que la conciencia política debe ser traída a las masas «**desde fuera**» por un partido de intelectuales revolucionarios organizados. El PCCh, fundado en 1922, sobrevivió a la dictadura pero se transformó en **partido reformista del sistema**: participó en la Concertación, la Nueva Mayoría y «Apruebo Dignidad», administrando el Estado heredado de Pinochet. Durante Boric, ocupó ministerios y respaldó una gestión que preservó el núcleo neoliberal: AFP, salud mixta, tributación regresiva.

Desde Lenin, esto es **economismo puro**: se confundió administrar el Estado con conquistar el poder político. El PCCh intentó una «guerra de movimiento» constitucional sin haber ganado la «guerra de posiciones» en la sociedad civil, actuando como **aparato de contención** del sistema más que como vanguardia revolucionaria.

7.2. El PC(AP): la UPA y el intento de construcción de bloque alternativo

Frente a la deriva reformista, la línea antirrevisionista del PC(AP) —surgido en una secuencia posterior al PCR— mantuvo posturas leninistas ortodoxas: marxismo-leninismo, rechazo del parlamentarismo burgués como vía principal, y defensa de la vía insurreccional. Sin embargo, y esto es crucial: **el PC(AP) no se recluyó en la pureza aislada**. Creó la **UPA (Unión Patriótica)** e invitó a candidaturas

externas al partido, demostrando una comprensión táctica de que la vanguardia no puede actuar sola y necesita articularse con fuerzas más amplias del campo popular.

Este gesto leninista —construir frentes, no imponer siglas— desmiente la caricatura de una «vanguardia sin ejército» que habla sola. El PC(AP) intentó, con la UPA, **intervenir en la lucha electoral no como fin en sí mismo sino como tribuna y punto de articulación**. El problema, entonces, no fue necesariamente un sectarismo voluntario o una incapacidad de conectar con las masas por cerrazón ideológica. El problema fue **estructural y hegemónico**: en un sistema electoral diseñado para excluir a las fuerzas minoritarias sin financiamiento masivo ni cobertura mediática, y en un momento donde la izquierda institucional (Frente Amplio-PCCh) ocupaba todo el espacio político-legítimo del «cambio», la UPA enfrentó barreras casi insuperables para convertirse en referente masivo.

Desde Gramsci, esto ilustra una verdad dura: **no basta con tener la táctica correcta (la UPA como frente) si no se ha conquistado previamente la sociedad civil**. La derecha controla los medios, los think tanks, las iglesias, los colegios profesionales; la izquierda institucional controla el aparato estatal y la narrativa progresista «de gobierno». En ese tablero, la UPA quedó atrapada entre dos bloques: denunciada por la izquierda institucional como «divisionista» y silenciada por los medios como «marginal». El PC(AP) tuvo la intuición correcta de que hacía falta un bloque histórico alternativo, pero intentó construirlo **en medio de una crisis orgánica ya resuelta en favor del enemigo**, sin las trincheras culturales previamente conquistadas.

Desde Lenin, la lección es otra: **la UPA fue un intento de frente, pero sin la base organizativa masiva previa que sustente ese frente**. Lenin en *¿Qué hacer?* insiste en que el partido debe ser «organizador» de toda la clase obrera, no solo de sus cuadros. El PC(AP) mantuvo la prensa militante (*Acción Proletaria*, *Remolino Popular*) y la disciplina de cuadros, pero no logró transformar la UPA en una **organización de masas** con presencia territorial cotidiana en los barrios, los sindicatos, las poblaciones. La invitación a candidaturas externas fue correcta tácticamente, pero no alcanzó a generar el **ejército social** que toda vanguardia necesita para no ser solo una dirección sin tropa.

7.3. La escisión histórica como síntoma de la crisis orgánica

La ramificación —PCCh reformista → PCR → PC(AP) con UPA— es un **síntoma gramsciano** de la crisis orgánica: el bloque histórico dominante se descompone, pero la clase subalterna no logra ofrecer una alternativa hegemónica unificada. Mientras la derecha mantiene un bloque cohesionado (UDI, RN, Republicanos, medios), la izquierda está escindida entre quienes administran el Estado y quienes intentan construir alternativas desde fuera sin las trincheras culturales conquistadas.

Lenin habría diagnosticado una **ausencia de partido de vanguardia real** capaz de intervenir en todos los frentes. El PCCh interviene en lo bajo pero renuncia a lo alto; el PC(AP) intentó construir lo alto (UPA) pero no logró consolidar lo bajo (presencia molecular en la sociedad civil). Entre ambos, y entre las ramificaciones históricas que los separan, el descontento social flota sin dirección y es capturado por la derecha como voto castigo.

8. Discusión

Los hallazgos de este artículo permiten sostener que la victoria de Kast en 2026 no constituye una victoria hegemónica en sentido pleno, sino una **restauración reaccionaria** basada en la reconquista del sentido común neoliberal a través del miedo y la coerción. Esta observación tiene implicaciones teóricas y políticas que merecen ser discutidas en tres planos: el diagnóstico de la crisis orgánica, el debate sobre la vanguardia en el neoliberalismo tardío, y la estrategia para fuerzas como el PC(AP).

8.1. Sobre la crisis orgánica y la «revolución pasiva» invertida

El concepto gramsciano de crisis orgánica resulta operativo para distinguir lo ocurrido en Chile de una mera alternancia electoral. El bloque histórico post-transición —que articulaba democracia formal con estructura económica neoliberal— entró en crisis de reproducibilidad en 2019, pero no fue reemplazado por un bloque alternativo. En su lugar, la derecha logró una **revolución pasiva** en sentido invertido: no una modernización desde arriba que anticipe las demandas populares, sino una restauración

conservadora que posterga la resolución de la crisis mediante el autoritarismo de mercado. Esto confirma la tesis gramsciana de que las crisis orgánicas no se resuelven automáticamente a favor de las fuerzas progresistas; pueden ser canalizadas hacia la restauración si la clase subalterna carece de dirección histórica.

Este hallazgo dialoga con la literatura latinoamericana sobre «posneoliberalismo» y «nueva derecha», pero la aportación específica del marco teórico aquí utilizado es señalar que la fragilidad del gobierno Kast no reside en su debilidad parlamentaria, sino en su carácter de **hegemonía de dominación** (basada en la fuerza y el miedo) más que de dirección (basada en el consenso activo). Desde esta perspectiva, la pregunta estratégica no es cuándo caerá Kast, sino si la izquierda estará organizada para ofrecer una alternativa hegemónica cuando esa dominación se agote.

8.2. Sobre la vanguardia y el economismo en el siglo XXI

La lectura conjunta de Gramsci y Lenin permite superar dos reduccionismos frecuentes en el debate de izquierda. Por un lado, el gramscianismo académico a veces olvida que la hegemonía cultural no se conquista sin una organización política capaz de centralizar la experiencia y la memoria de la lucha; por otro, cierto leninismo militante reduce la política a la conquista del aparato estatal, subestimando la batalla por el sentido común en la sociedad civil.

El caso chileno demuestra que ambos errores son letales. La izquierda institucional (Frente Amplio-PCCh) cometió el error leninistamente definido como **economismo**: confundió la administración reformista del Estado con la conquista del poder político, y la redacción de constituciones con la construcción de un nuevo bloque histórico. Al hacerlo, demostró que la dirección consciente no puede limitarse a la gestión estatal, pues el Estado heredado es, en sí mismo, una trinchera del enemigo.

El PC(AP), por su parte, evitó el economismo institucional pero enfrentó el problema inverso: una **desproporción entre la altura de su dirección política y la profundidad de sus raíces sociales**. La creación de la UPA fue una intuición correcta desde la teoría del frente, pero la ausencia de una base organizativa territorial previa convirtió a la UPA en una estructura electoral sin ejército social. Esto no

invalida la estrategia de frente, pero sí muestra que en condiciones de neoliberalismo tardío —donde los medios de comunicación y el financiamiento electoral actúan como barreras estructurales de exclusión— la vanguardia no puede improvisar masas a través de candidaturas si no ha construido previamente comités de base en los territorios.

8.3. Sobre el PC(AP) y la construcción de alternativa

La discusión sobre el PC(AP) es particularmente relevante porque desmiente la caricatura del partido antirrevisionista como mero sectarismo aislado. La invitación a candidaturas externas y la construcción de la UPA demuestran una comprensión táctica correcta: la vanguardia necesita frentes amplios. Sin embargo, el análisis aquí presentado sugiere que el PC(AP) debe resolver una contradicción estructural: mantiene la forma leninista de partido de cuadros (prensa militante, centralismo democrático, disciplina ideológica) pero no ha logrado transformar esa forma en una **organización de masas territorializada**.

La implicación política es clara: el partido debe dejar de competir por el espacio mediático-legislativo —donde la izquierda institucional y la derecha concentran todos los recursos— y trasladar el centro de gravedad hacia la construcción de **comités de resistencia territorial** en los espacios abandonados por el Estado: comités de agua, comités de defensa del territorio, organizaciones campesinas, sindicatos de base. La abstención con contenido revolucionario es estratégicamente correcta frente a un parlamento burgués, pero no puede ser el único punto de contacto con las masas. Si el único momento de encuentro es el llamado al voto nulo, el partido se convierte en espectador moral de la historia, no en su organizador.

8.4. Limitaciones del estudio y proyecciones

Este ensayo tiene limitaciones metodológicas evidentes. Primero, se trata de un análisis teórico-político basado en fuentes secundarias y en la observación del momento, no de una investigación empírica con trabajo de campo etnográfico o encuestas sobre comportamiento electoral. Segundo, el marco teórico gramsciano-leninista, aunque productivo, no es el único posible: un enfoque foucaultiano de la

biopolítica, un análisis de la economía política de la deuda, o una lectura de la sociología de los movimientos sociales podrían enriquecer o matizar los hallazgos aquí presentados.

Tercero, la discusión sobre el PC(AP) se basa en su práctica pública documentada y no en un acceso etnográfico a su funcionamiento interno. Futuras investigaciones deberían indagar etnográficamente en las prácticas organizativas de los partidos antirrevisionistas chilenos para determinar con mayor precisión el grado de su inserción territorial.

Finalmente, la proyección más importante de este análisis es que la fragilidad de la hegemonía kastiana abre una ventana histórica que no será automáticamente aprovechada por la izquierda. La crisis orgánica continúa. La pregunta no es si habrá nuevo estallido, sino si habrá **organización capaz de transformar la espontaneidad en dirección consciente**. La tesis central de este artículo es que esa organización requiere una síntesis que ni el PCCh reformista ni el PC(AP) han logrado: la paciencia gramsciana de las trincheras culturales combinada con la urgencia leninista de la dirección organizada.

9. Conclusiones

Chile 2026 no es solo una derrota electoral. Es la demostración empírica de una **triple ausencia**: la ausencia de hegemonía cultural (Gramsci), la ausencia de dirección consciente organizada (Lenin), y la **ausencia de un bloque histórico alternativo cohesionado**, escindido históricamente entre quienes administran el sistema y quienes intentan construir alternativas sin las condiciones previas para sostenerlas.

El estallido de 2019 abrió una **crisis orgánica** del bloque histórico post-transición, pero esa crisis no encontró sujeto político capaz de resolverla progresivamente. La izquierda institucional —Boric, Frente Amplio, PCCh— intentó una «guerra de movimiento» constitucional sin haber ganado la «guerra de posiciones» en la sociedad civil, administrando el neoliberalismo heredado. Desde Lenin, el error fue **economista**: se confundió gestionar el Estado con conquistar el poder político. No hubo organización capaz de «traer desde fuera» una conciencia clara de clase a las masas movilizadas; por tanto, esas masas fueron reconquistadas por el sentido común neoliberal-reaccionario.

Desde Gramsci, el error fue **estratégico-cultural**: se subestimó la fortaleza de la sociedad civil enemiga. Se creyó que una mayoría electoral y un gobierno progresista bastaban, ignorando que los medios, las iglesias, los colegios profesionales y el lenguaje cotidiano seguían en manos del bloque histórico derrotado en las urnas pero no en la cultura.

La victoria de Kast es una **restauración reaccionaria** que no resuelve la crisis orgánica sino que la posterga mediante coerción y miedo. Es una hegemonía de «dominación» más que de «dirección», y por tanto frágil. Pero su fragilidad no garantiza automáticamente su derrota.

Para que esa fragilidad se convierta en oportunidad, hace falta lo que Chile no tuvo en 2019-2026: **una organización que sea simultáneamente vanguardia leninista y colectivo de intelectuales orgánicos gramscianos**. Es decir, un partido o movimiento capaz de trabajar en todos los frentes de la vida política, con disciplina y teoría, pero también capaz de conquistar las trincheras culturales de lo cotidiano: la escuela, el sindicato, el barrio, la parroquia, la familia, el territorio.

El intento del PC(AP) con la UPA apunta en la dirección correcta leninista: **la vanguardia no puede ir sola, necesita frentes amplios**. Pero la UPA también demuestra que **no basta con la táctica correcta si no hay territorio cultural previamente conquistado**. La derecha no ganó solo porque la izquierda estuviera «dividida»; ganó porque nunca dejó de ser hegemónica en la sociedad civil, mientras la izquierda —tanto institucional como la UPA— peleaba en el terreno del Estado sin el respaldo de un nuevo sentido común.

Las comunidades campesinas, los pueblos originarios, la defensa del agua y del bosque nativo, la memoria territorial contra el extractivismo, no son folclore para un programa de radio. Son **trincheras potenciales de una guerra de posiciones**. Si la izquierda revolucionaria no logra hablar desde ahí, desde la defensa concreta del territorio y la vida cotidiana, dejará ese espacio simbólico en manos de la derecha cristiana o del mercado neoliberal.

Mensaje para el PC(AP)

No abandonen la teoría ni la UPA. Pero entiendan que la UPA sin ejército territorial es como una Constitución sin sociedad civil: papel.

El llamado a la acción es este:

1. **Bajar del panfleto al territorio.** Cada militante del PC(AP) debería tener una tarea territorial concreta: un barrio, una población, una comunidad campesina, un sindicato de base, donde no vaya a «proselitizar» sino a **organizar la solución de problemas concretos** (agua, tierra, defensa del territorio, contra la delincuencia estatal).
2. **Construir el ejército social antes de la próxima elección o estallido.** No esperar a que las masas vuelvan a la calle para aparecer con una bandera. Estar ahí cuando las masas están en casa, sufriendo, para que cuando salgan, ya sepan quién estuvo con ellos en la oscuridad.
3. **Hablar el lenguaje del pueblo, no el lenguaje del partido.** La gente no necesita otra explicación perfecta del imperialismo. Necesita sentir que el militante comunista es el que le ayudó a enterrar a su madre, el que le defendió el pozo de agua, el que le enseñó que su conocimiento del territorio no es atraso sino resistencia.
4. **Articular lo territorial con lo revolucionario.** Las comunidades del sur, el mundo campesino, la relación con la tierra, la defensa del bosque nativo, no son «cultura» para un programa de radio folklórico. Son **trincheras de guerra de posiciones**. Si el PC(AP) no logra hablar desde ahí, dejará ese territorio simbólico en manos de la derecha cristiana o del turismo neoliberal.

Chile 2026 es, en definitiva, un laboratorio que confirma una tesis conjunta: **sin hegemonía cultural no hay revolución posible, pero sin partido de vanguardia no hay hegemonía cultural que se construya; y si esa vanguardia está escindida entre quienes administran el sistema y quienes intentan frentes alternativos sin ejército social previado, la derecha siempre volverá.** La izquierda chilena tuvo masas, tuvo gobierno, tuvo dos Constituyentes, tuvo indignación, e incluso tuvo intentos de frente amplio alternativo como la UPA; pero no tuvo organización unificada ni tiempo conquistado en la sociedad civil. La derecha, menos masas pero mejor organizada y mejor atrincherada

culturalmente, volvió. Y mientras la izquierda no aprenda la lección de ambos maestros —Gramsci para la paciencia de las trincheras, Lenin para la urgencia de la dirección consciente y la construcción de frentes desde una base social real— cualquier nuevo estallido espontáneo volverá a ser, como dice Lenin, un «tributo» pagado a la ausencia de teoría: ruido, furia, escisión histórica, intentos de frente sin ejército, y al final, restauración.

Postdata: La crisis orgánica no conoce fronteras — notas sobre Bolivia y Cuba, mayo de 2026

Mientras este ensayo concluía su redacción, dos eventos en curso obligaban a extender su diagnóstico más allá de los límites chilenos. La crisis orgánica del bloque histórico post-neoliberal no es patrimonio exclusivo de Chile: se expresa, con matices nacionales pero con una lógica imperial común, en toda la región. Dos escenarios ilustran esta continuidad: Bolivia, sumida en una insurrección que amenaza con derrocar a un gobierno elegido; y Cuba, sitiada por un bloqueo recrudescido y una amenaza militar directa desde Washington.

Bolivia: el espectro del golpe y la ausencia de dirección

En mayo de 2026, Bolivia atraviesa su crisis social más grave en décadas. Lo que comenzó como protestas contra una ley de hipoteca agraria se ha transformado en un asedio generalizado al gobierno de Rodrigo Paz: bloqueos de carreteras, escasez de combustible y alimentos en La Paz, enfrentamientos con dinamita, y al menos cuatro muertos. El expresidente Evo Morales, prófugo de la justicia por cargos de trata de personas, lidera una marcha de 190 kilómetros hacia la capital mientras sus seguidores mantienen el cerco a la ciudad.

Desde la óptica de este ensayo, lo revelador no es solo la crisis boliviana en sí, sino **quién la resuelve y quién no**. El gobierno de Paz, producto de elecciones en las que el MAS fue derrotado, ha recibido el apoyo explícito de Estados Unidos —cuyo subsecretario de Estado Christopher Landau calificó las

protestas como un «golpe de Estado»— y de la derecha regional: Argentina de Milei envió aviones C-130 con «ayuda humanitaria» que Morales denunció como transporte de personal militar y equipamiento represivo; Chile de Kast, Costa Rica, Panamá, Ecuador, Paraguay y Perú emitieron un comunicado conjunto respaldando a Paz. Colombia, por el contrario, con el presidente Gustavo Petro, se ofreció como mediador y calificó los hechos como «insurrección popular».

La izquierda institucional regional, lejos de articular una respuesta coherente, se escinde entre quienes apoyan al gobierno boliviano como «democracia legítima» y quienes ven en las protestas una «insurrección popular». Ninguna de las dos posturas resuelve el problema gramsciano: la crisis boliviana, como la chilena, no se resuelve por la vía institucional ni por la vía insurreccional espontánea si no hay un **bloque histórico alternativo** preparado. El gobierno de Paz carece de hegemonía cultural en el altiplano; las protestas lideradas por Morales carecen de proyecto político más allá del retorno personal al poder. Entre ambos, la sociedad civil boliviana —mineros, campesinos, transportistas— flota sin dirección, reivindicando demandas económicas inmediatas que ningún bloque político logra sintetizar en proyecto de poder. Es, en sentido leninista, **economismo puro** convertido en crisis orgánica.

Cuba: asedio imperial y guerra de posiciones forzada

Mientras tanto, Cuba enfrenta desde enero de 2026 una crisis política y económica sin precedentes desde los años noventa. Tras la caída de Nicolás Maduro en Venezuela y la captura estadounidense del mandatario, Washington bloqueó los suministros de petróleo a la isla —incluso de petroleros mexicanos de Pemex— y declaró su intención de forzar un «cambio político» antes de fin de año. El presidente Donald Trump ha declarado públicamente que «podría tomar Cuba casi inmediatamente» una vez finalizadas sus operaciones en Irán, y ordenó el despliegue del portaaviones USS Abraham Lincoln hacia la costa cubana.

La respuesta cubana ha sido, desde una lectura gramsciana, la única posible en condiciones de asedio extremo: **movilización de la sociedad civil en defensa del Estado**. Más de 6,2 millones de cubanos —sobre una población de 9 millones— firmaron la declaración «Mi Firma Por La Patria» contra la agresión. El 1 de mayo de 2026, más de 500.000 personas se concentraron en la Tribuna

Antiimperialista de La Habana. Las Fuerzas Armadas y las milicias se preparan para la «Guerra de Todo el Pueblo», un plan de defensa territorial que Gramsci habría reconocido como la forma más pura de **guerra de posiciones**: no conquista del Estado enemigo, sino defensa de las propias trincheras culturales, territoriales e institucionales contra un asalto frontal.

Sin embargo, la crisis cubana también ilustra los límites de una hegemonía construida bajo asedio permanente. El bloqueo ha provocado escasez de combustible, acumulación de basura en las calles de La Habana, suspensión del Festival del Habano, retirada de empresas extranjeras como Sherritt International, y la suspensión de envíos navieros europeos. El 25 de febrero, la guardia costera cubana abatió una lancha estadounidense que violaba aguas territoriales, matando a cuatro hombres y deteniendo a otros seis, entre ellos al menos dos ciudadanos estadounidenses. La tensión es máxima.

Desde Lenin, Cuba demuestra que **sin dirección consciente y sin organización de masas, la hegemonía se reduce a resistencia defensiva**. La movilización popular cubana es admirable, y ocurre en condiciones de cerco que impiden la expansión de la guerra de posiciones hacia la sociedad civil del enemigo. Cuba resiste, pero no puede proyectar hegemonía regional mientras el imperio controla los medios, las finanzas y los aparatos militares. La lección para Chile y Bolivia es clara: si la izquierda no conquista las trincheras culturales *antes* de que la crisis orgánica estalle, su resistencia se verá reducida a la defensa defensiva del último reducto, sin capacidad de ofensiva hegemónica.

Síntesis regional

Bolivia y Cuba confirman la tesis central de este ensayo: **la crisis orgánica del bloque histórico neoliberal-postransicional es continental, no nacional**. En Bolivia, la derecha regional (con EEUU a la cabeza) intenta recomponer el bloque histórico mediante apoyo explícito a un gobierno débil, mientras la izquierda institucional se escinde entre apoyo acrítico al Estado y romanticismo insurreccional. En Cuba, el imperio abandona toda pretensión de hegemonía cultural y apuesta por la coerción pura —bloqueo, amenaza militar, asfixia económica—, forzando a la Revolución a una resistencia que, si bien demuestra la fortaleza de la sociedad civil organizada, no puede por sí sola resolver la crisis orgánica del enemigo.

El llamado a la acción que este ensayo dirige al PC(AP) y a las fuerzas anticapitalistas del Cono Sur adquiere aquí una dimensión regional urgente: **no hay tiempo que perder en la construcción de trincheras territoriales**. La derecha avanza coordinadamente —Bolivia, Chile, Argentina, el aparato imperial— mientras la izquierda sigue dispersa entre reformismos institucionales y sectarismos autoreferenciales. Si la lección de 2026 no es aprendida, el próximo ciclo de crisis orgánica encontrará a las fuerzas populares sin ejército social, sin hegemonía cultural y, como en Cuba, resistiendo en condiciones de asedio que hacen imposible la victoria.

Londres, 31 de mayo de 2026.

Referencias

Las obras teóricas centrales que sustentan este análisis incluyen:

- Gramsci, A. (1975). *Quaderni del carcere*. Edición crítica de Valentino Gerratana. Turín: Einaudi.
- Lenin, V. I. (1902). *¿Qué hacer?* (Chto delat?). Obras Completas, Tomo 5.
- Rifo, M. (2025). «Crisis de plausibilidad y restauración conservadora en Chile». *Revista de Ciencia Política*, Santiago. [Fuente periodística citada en el análisis].
- Boric, G. (2022-2026). Documentos de gestión gubernamental y deuda pública. Ministerio de Hacienda de Chile.
- PC(AP). Documentos públicos de la Unidad Popular Alternativa (UPA) y *Acción Proletaria*. [Fuentes militantes citadas en el análisis].

Documento preparado para revisión. Mayo de 2026.